

EN EL INTERIOR DEL ASTEROIDE SIDERAL

Nicolás García, David Sánchez – Explora el Universo- UNAWE

Ayer, día 18 de junio, detectamos en el centro de observación del Teide un cuerpo celeste que bautizamos como Ñ-18. Según nuestros cálculos, parece que impactará contra la Tierra dentro de seis meses aproximadamente. Su masa es suficientemente grande como para que, a pesar de la atmósfera, impacte contra nuestro planeta. Los posibles efectos del impacto nos son desconocidos ya que los estudios que hemos hecho de él por el efecto Doppler no tienen la exactitud deseada. Pero casi con toda seguridad, impactará sobre el sureste asiático. Pedimos ayuda en el estudio del cuerpo Ñ-18, detectado 18 de junio en el centro de observación del Teide.



Los posibles efectos del impacto nos son desconocidos ya que los estudios que hemos hecho de él por el efecto Doppler no tienen la exactitud deseada. Pero casi con toda seguridad, impactará sobre el sureste asiático. Pedimos ayuda en el estudio del cuerpo Ñ-18, detectado 18 de junio en el centro de observación del Teide.

El Transbordador quedó terminado a sólo 10 días del impacto del cuerpo contra la Tierra. La selección del equipo se llevó a cabo con un nuevo programa que la OME adquirió, consistente en una lista de los mejores especialistas en cada campo. Hubo que escoger a cuatro personas, de las cuales dos debían ser pilotos, otro un técnico que fuera capaz de hacerse cargo de cualquier imprevisto tanto en las comunicaciones como en el buen funcionamiento de la nave, y un técnico en explosivos. Uno de los pilotos, el que se haría cargo del Hermes, se llamaba MacDonald y había participado en dos de los tres viajes tripulados a Marte. Era de origen estadounidense pero vivía en Carrasposa del Campo. El otro piloto, que se encargaría de hacer descender la cápsula sobre el asteroide, se llamaba François, y jamás había hecho una misión fuera de la Tierra. François era francés y vivía en la región de Perpiñán. Carlos, el creador de la cápsula, era español. Había nacido en Villatobas, pero ahora vivía en Villafranca del Castillo. Sería el técnico encargado del buen funcionamiento de la nave. El técnico en explosivos no era un técnico, sino una técnica. Se llamaba María aunque la apodaban La portuguesa. María la portuguesa era natural de Dexter do Castelo. Esas cuatro personas serían los escogidos para llevar a cabo la importantísima misión que salvaría a la Tierra.

Con el paso de las horas llegó el día del despegue. Los medios de comunicación desconocían la existencia del asteroide y de la misión, por medidas de seguridad. Los expedicionarios se metieron en sus trajes espaciales y subieron en el elevador hasta el cohete que les llevaría hasta la Estación espacial Beta, donde cogerían el Hermes. Todo el grupo se colocó en sus asientos, esperando impacientemente el momento del despegue. De

repente por los altavoces se escuchaba:

- 10, 9, 8,...

-Mágicas palabras, dijo McDonald,

- 7,6...

-Históricas palabras, dijo François.

-5,4,3...

- ¡Tengo hambre!, dijo Carlos.

- 2, 1, 0.

El cohete despegó entre humo y fuertes llamaradas. Era una vista espectacular. Lástima que el resto del mundo no lo pudiese contemplar.

- ¡Los tenemos! ¡Despegue perfecto, sin problemas! Eran frases que se escuchaban en el centro de seguimiento de Villafranca. Felipe, que allí observaba, estaba inmóvil ante la pantalla de datos.



El cohete se ensambló a las piezas del Hermes, que se había llevado a la Estación Beta. Ya con el Hermes en plena navegación, McDonald inició las comunicaciones con la Tierra.

- Hermes a Villafranca, ¿nos reciben?

- Alto y claro, dijo Francisco, encargado de las comunicaciones.

- Todo ha ido bien. El acoplamiento de los tanques y de la cápsula ha sido perfecto. ¿Tenéis algún mensaje?

- Sí, el pesado de Felipe quiera hablar con François.

- François no está aquí, ha ido al servicio. Se ve que el desayuno le ha sentado mal. Si no hay más mensajes procederé a cortar la comunicación.

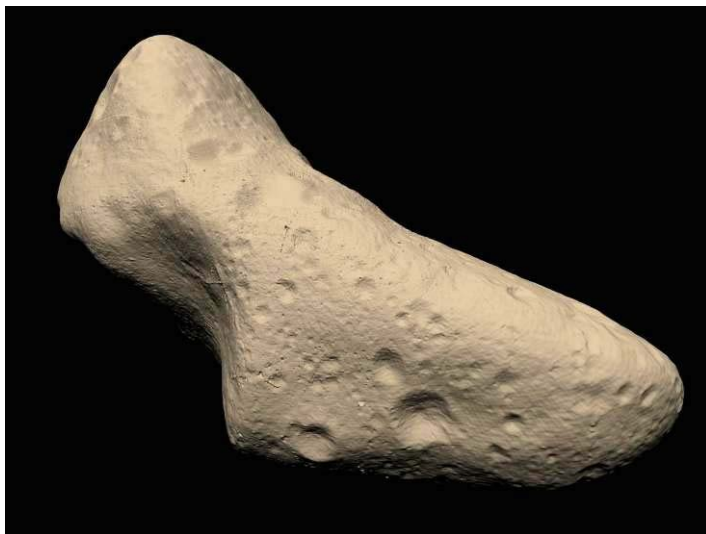
- De acuerdo. Corto y cierro.

El tiempo fue pasando entre bromas y más bromas dentro de la nave. Entre tanto, en la Tierra, Felipe veía con asombro como el asteroide deceleraba y

comenzaba a girar lentamente hacia la Tierra. ¿Qué podría haber pasado? ¿a qué se debían esos movimientos? No podían ser epiciclos, pues no estaba en órbita.

Era asombrosa la vista que desde la nave tenían los cuatro tripulantes. Despreocupados, sin conocer los datos que del asteroide llegaban a la Tierra, Carlos y María la portuguesa debatían si la parte de la Luna que se veía desde una de las ventanillas era el Mar Crisium o el Mar Serenitatis. En el segundo día se volvió a establecer comunicación. Esta vez la iniciaba la Tierra.

- Villafranca a Hermes, Villafranca a Hermes, ¿me recibís?
- Aquí Hermes, te recibimos.
- ¿Qué tal os va, chicos?, dijo Francisco.
- En el aspecto técnico bien, pero estoy harto de las ridículas discusiones entre Carlos y María la portuguesa, dijo François.
- Tenemos algunos datos estremecedores. No hemos establecido comunicación antes porque queríamos estar completamente seguros de los datos. Hemos realizado todo tipo de pruebas y comprobaciones y todo parece indicar que nuestras noticias sean ciertas...
- Bueno, bueno, déjate de tanta retórica y ve directamente al grano, dijo el esporádico y siempre inoportuno Carlos.
- Verás, cuando me has interrumpido intentaba decirte que el Ñ-18 ha decelerado y cambiado de rumbo y se dirige a la Tierra. Os paso a Lucas para que os dé las instrucciones que debéis seguir.



- ¡Qué pasa, soy Lucas!, lo que tenéis que hacer es volver a poner en marcha la primera misión de voladura. Pero para poder hacer esto debe dar al botón 3 durante 1,4 segundos y al botón 5 durante 0,7 segundos. ¡Dependemos de vosotros!

- De acuerdo. ¡Hasta luego, Lucas! Corto y cierro.

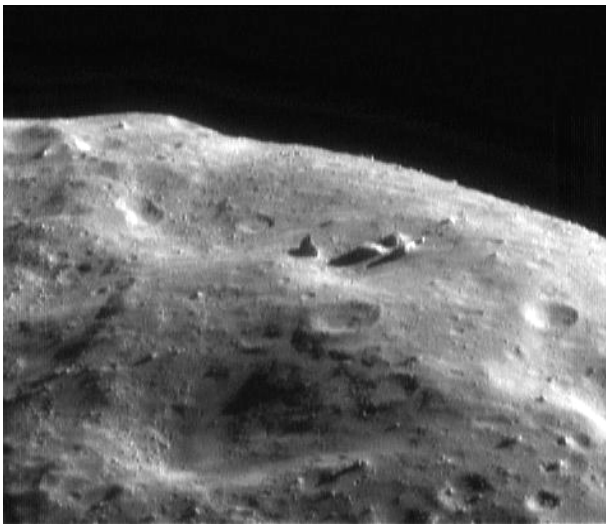
El tercer día pasó sin novedad, y por la ventana frontal, la de los pilotos, ya se veía el asteroide.

- ¡Escargot!, exclamó François.
- ¡Es grandísimo!, añadió McDonald.
- Tú también, le dijo Carlos a McDonald, olvidándose por un momento de su voluminosa convexidad abdominal.

La nave encendió los contra-motores para primero frenar, y luego alcanzar una velocidad constante que los mantuviese a cierta distancia del asteroide. En ese momento empezaron a prepararse Carlos, ya que François, que era el que tenía que conducir la cápsula, se había quedado encerrado en el servicio, y María la portuguesa. Ambos se pusieron unos trajes espaciales anti-reactivos. María preparó todo el material y un módulo terrestre que bajaría hasta el Ñ-18. Se subieron a la cápsula, y aunque Carlos la había creado, su atrofiada mollera no recordaba cómo se hacía funcionar. Carlos, para no quedar mal delante de María, comenzó a tocar botones con cara de chiflado. Las luces de la cápsula se encendieron y apagaron. Las máquinas de refrigerios comenzaron a esparcir alcaparras por la cabina y sólo cuando a María le dio una alcaparra en un ojo, apartó a Carlos de los mandos e hizo descender la cápsula sobre el asteroide.

Mientras tanto, François lloraba desconsolado en el servicio por no haber podido descender con la cápsula y pasar a la historia para la eternidad.

La nave fue descendiendo con toda normalidad hasta que pocos metros antes de llegar al suelo, unas bolsas de aire se abrieron para amortiguar la caída.



Carlos y María la portuguesa salieron de la nave junto con el módulo terrestre que les debía llevar al punto donde colocarían la carga. Cualquier bache podría lanzarlos lejos del asteroide, debido a la poca gravedad que había en éste, pero Carlos, con su rara habilidad y suerte, consiguió comerse todo los baches del Ñ-18 que encontró en su camino.

El módulo disponía de una brazo con un potente láser incorporado. Con el láser debían hacer un agujero en el que pondrían la carga. Era una operación aparentemente fácil, pero cuando terminó de hacer el agujero, se desmoronó el suelo y María y Carlos cayeron a lo que parecía una habitación. Pero ¿qué hacía una habitación dentro de un asteroide? La habitación daba a un pasillo. Carlos y María lo siguieron y llegaron a una especie de sala de control, llena de monitores, aparatos y extraterrestres.

- ¿Extraterrestres? ¡Socorro!, gritó María.
- Tranquila, dijo Carlos, a lo mejor, a pesar de sus colmillos y de su resplandeciente piel morada, son amistosos.
- ¡Arrggg!, bramó el extraño espécimen. E inmediatamente aparecieron por una puerta cinco especímenes más. ¡Estaban atrapados! Era evidente que el asteroide no era un asteroide, sino una nave que se dirigía, para bien o para mal, hacia la Tierra. Y puesto que no se encontraban en disposición de interrogarlos, debían hacer algo inmediatamente. Ese algo fue la mejor carrera que ambos habían hecho. Saltaron por el agujero, dejando módulo y las cargas, y corrieron hacia la cápsula. Les empezaron a perseguir los extraterrestres, que pertenecían a una raza llamada babastiki, procedentes de una galaxia cercana a la nuestra. María adelantó a Carlos y consiguió llegar a la cápsula, pero Carlos se tropezó y cayó al suelo justo antes de entrar. Los babatikis le alcanzaron y empezaron a arrastrarle de los pies. Pero María lo vio y empezó a tirar de los brazos. Todo esto era observado con gran pánico desde el Hermes.
- ¡No podemos hacer nada!, dijo McDonald.
- Un momento, ¿podemos controlar el módulo desde aquí?, preguntó François.
- Creo que sí.
- Entonces ¿a qué esperamos?

McDonald comenzó a manejar módulo y pudo sacarlo del hoyo y lo llevó a gran velocidad hacia los babastikis que tiraban de Carlos. El choque fue tremendo y cuatro de los cinco babastikis salieron despedidos fuera del asteroide. María tuvo que hacer grandes esfuerzos para que Carlos tampoco volase. Se metieron dentro de la cápsula y se dirigieron al Hermes. Cuando ya todos se encontraban a salvo, María activó desde la nave los explosivos, aunque no sabía qué era lo que iba a suceder, pues no los había colocado a la profundidad adecuada. El Hermes se alejó y sólo entonces se explotó al asteroide, que no se destruyó por completo, pero por suerte cambió de rumbo allá donde no podía afectar a la



cuatro de los cinco babastikis salieron despedidos fuera del asteroide. María tuvo que hacer grandes esfuerzos para que Carlos tampoco volase. Se metieron dentro de la cápsula y se dirigieron al Hermes. Cuando ya todos se encontraban a salvo, María activó desde la nave los explosivos, aunque no sabía qué era lo que iba a suceder, pues no los había colocado a la profundidad adecuada. El Hermes se alejó y sólo entonces se explotó al asteroide, que no se destruyó por completo, pero por suerte cambió de rumbo allá donde no podía afectar a la



Tierra.

Durante el camino de vuelta no hubo tantas bromas como en el de ida. El Hermes llegó a la Estación Beta, de donde fueron trasladados a la Tierra. La nave fue registrada minuciosamente, pero a pesar de esto no consiguieron encontrar a un babastiki que se había introducido cuando Carlos y María escapaban.

La prensa jamás supo nada de lo que había acontecido, si bien es cierto que aficionados a la astronomía pudieron ver la explosión del asteroide. La OME archivó el caso y no se volvió a saber nada de los babastikis.

François consiguió salir del servicio, y aunque había comenzado a acostumbrarse, decidió emplearse en un restaurante de comida pucelana. MacDonal, con más aspiraciones que François, fundó una cadena de hamburgueserías con su mismo nombre, que pronto se vino abajo por las denuncias por plagio de otra conocida cadena. Carlos, después de lo que pasó en el asteroide, también decidió retirarse y se casó con María la portuguesa. Felipe resultó ser un loco escapado de un hospital mental. Fue detenido por unos amables señores vestidos de blanco que además le regalaron una bonita camisa. Sergio, el cocinero de la base, se recuperó de su gastroenteritis. Francisco se dedicó a hacer concursos de deletrear palabras para niños de cinco años. A pesar de las quejas de los padres de estos, consiguió ganar varios premios. El babastiki fue capturado por un circo y llevado por todos los pueblos de España, pero fue un fracaso: demasiado real para poder ser un extraterrestre. Tras la época del circo, el babastiki fue adoptado por una familia con ligeros problemas de vista.